Nicolás Maquiavelo

LA MANDRÁGORA

(Obra teatral)

5

Biblioteca Libre
OMEGALFA
2019
Ω

La Mandrágora

Nicolás Maquiavelo

Fuente:

CLACSO: La Mandrágora

Maquetación actual:

Demófilo, 2019

ꕥ

Biblioteca Libre
OMEGALFA
2019
Ω

PRESENTACIÓN

Durante su vida Maquiavelo se hizo famoso no por su obra política sino por sus obras teatrales, especialmente La mandrágora y, también, por su tratado militar. Se cree que fue terminada hacia 1518 y se estrenó en Florencia, posiblemente, en 1520 con gran éxito. En el carnaval de Venecia en 1522, la primera representación tuvo que ser suspendida por exceso de público y se afirma que divirtió al Papa León X. Es considerada como la mejor comedia italiana del siglo XVI, una de las más extraordinarias del Renacimiento y una obra maestra de la literatura universal.

La mandrágora rompe con los moldes retóricos de la época y tiene un gran peso literario, es original, irreverente y de punzante ironía. Aunque el argumento es irrelevante, el inteligente manejo de los personajes y, a través de ellos, la exposición humorística de las flaquezas y ruindad de la sociedad florentina de su época, la convierten en una pieza teatral memorable. La grandeza de esta obra reside en la autenticidad del mundo ético y humano que en ella se expresa bajo su perspectiva irónica y satírica. La obra nos recuerda lo que su amigo, Francisco Guicciardini, escribió acerca del autor: "... se ríe de las flaquezas de los hombres porque no puede remediarlas...".

Esta comedia surge del mismo talento de observación y visión escéptica del mundo y los hombres que son peculiares a la concepción política de Maquiavelo y, si bien trata acerca de asuntos privados, hay algunas pinceladas que sugieren al autor de El Príncipe. Los actores representan la escena florentina de la época, son las personas que un príncipe debe entender, aplacar, gobernar y se trata de hombres avaros, corruptos, egoístas y fáciles de engañar. La mandrágora se integra al contexto socio-político de Maquiavelo y se compenetra con su particular perspectiva acerca de la vida y la sociedad de su época.

Emplea el humor como medio de mostrar brutalmente un universo que se revela profundamente corrupto. Como buen renacentista, pone al hombre en un primer plano, pero ya no en su belleza o perfección clásica, sino en su íntima realidad social, en su miseria, codicia, debilidad, estupidez y maldad. Aparece la verdad humana de los personajes, la veritá effettuale de la vida real, despojada de toda idealización en un mundo crudo y depravado, produciendo una ruptura con la tradición y la aparición de nuevos valores que, para bien o para mal, son renovadores y constructores de una ética diferente a la anterior en las relaciones humanas.

El argumento y los personajes son los siguientes: Calímaco es un joven enamorado de la prudente Lucrecia casada con Messer Nicia y, para lograr su cometido, demuestra la misma determinación y astucia de un príncipe virtuoso, explotando cada una de las oportunidades que le ofrecen las circunstancias, esto es, la fortuna; la venalidad de Fray Timoteo; la fácil moralidad de Sóstrata, la madre de Lucrecia; la sumisión e ingenuidad de Lucrecia y, sobre todo, la estupidez de su marido. Gracias a la fría perseverancia del protagonista y tomando ventajas de la corrupción general de la sociedad, logra sus propósitos con la bendición de la Iglesia y la aprobación del marido, un final tradicional en el que todos consiguen lo deseado.

Existen interpretaciones alegóricas que ven en Calímaco (que podría ser Lorenzo II de Médicis) al padre de una nueva república, a sus tentativas para conquistar a la amada como la vida política, a Messer Nicia como Soderini (o los príncipes italianos con poca virtud, prudencia, ánimo y falta de virtud política) y a Lucrecia como representación de Florencia (crédula con Savonarola y fiel –mientras pudo- a Soderini). Maquiavelo escribió un epigrama a la muerte de Soderini, mostrando su ingenuidad:

> *La noche que murió Piero Soderini*
> *Su alma fue a la boca del infierno;*
> *Gritó Plutón: "¿Qué infierno? Ánima tonta,*
> *Vete al limbo con los demás niños".*

Nuestra versión está basada en varias traducciones al español que hemos revisado, eliminando términos fuera de uso y tratando de lograr una adaptación adecuada a nuestros tiempos; las únicas excepciones fueron los nombres honoríficos como Messer y Madonna. Los textos consultados para la presente versión son la edición italiana (Milán: Rizzoli, 1980) con introducción y notas de Gennaro Sasso; y las traducciones al español de: Benítez, Esther 1977 (Madrid: Cuadernos para el Diálogo); Giusti, Sergio T. F. 1980 (Buenos Aires: CEAL) que incluye El Príncipe; Larraya, Juan A. 1961 (Barcelona: Vergara); Manara, Alejandro 1987 (México: Fontamara) y Puigdomenech, Helena 1999 (Madrid: Cátedra) que también incluye El príncipe.

Tomás Várnagy

Nicolás Maquiavelo

La Mandrágora

Personajes

CALÍMACO[1]
SIRO
MESSER NICIA[2]
LIGURIO
SÓSTRATA
FRAY TIMOTEO[3]
UNA MUJER
LUCRECIA[4]

---

[1] Nicómaco, el personaje de *Clizia*, y Calímaco, aquí, personificarían al propio Maquiavelo. “Calímaco” significa “hermoso combatiente”.

[2] *MESSER*, del italiano *messer* o *ser*, tratamiento que indica que se tenía algún título honorífico o nobiliario, significa “mi señor”. En español existe el término equivalente *micer*, pero preferimos el original en italiano.

[3] La etimología griega de “Timoteo”indica el espíritu o enviado de Dios, y la etimología latina implica temeroso de Dios. En ninguno de los casos se trata –precisamente- de este fraile.

[4] Lucrecia fue una mujer romana conocida por su fidelidad, mencionada por Tito Livio en muchas ocasiones.

Prólogo

Dios sea con vosotros, público benigno,
Puesto que de ello parece que dependa
La benignidad de seros grato.
Si os abstenéis de hacer ruidos,
Os contaremos una nueva historia nacida en esta tierra.
Mirad el escenario
Tal como os lo presentamos:
Ésta es vuestra Florencia;
Otra vez será Roma o Pisa,
La cuestión es para desternillarse de risa.
Esta puerta, aquí a mi derecha,
Es de la casa de un doctor
Que estudió derecho leyendo a Bueyecio[[5]]
Aquella calle, tras esa esquina,
Es la Calle del Amor,
Donde quien cae se quedará bien tieso.
Podrás conocer luego
-Si temprano no quieres retirarte-
Por las costumbres a un fraile,
Que habita como prior o abad
En el templo de enfrente,
Si es que no te vas pronto de aquí.
Un apuesto mozo, Calímaco Guadagni,
Recién llegado de París,
Mora allí, en la casa de la izquierda.
Este hombre, buen compañero de sus amigos,
Lleva los signos y los vestigios, más que en otros,

[5] El nombre auténtico sería Boecio, filósofo (480-524) y autor de obras jurídicas, una irónica deformación para comparar a Nicia con un buey.

Que da el honor de la gentileza.
A una joven discreta
Amó con gran pasión
Y fue engañada en el nombre del amor,
Y todo fue como os contaré, y quisiera
Engañaros como él a ella.
La historia se titula *Mandrágora*[6]
La causa muy pronto entenderéis
Cuando sea recitada, según lo estimo.
EI autor no disfruta de mucha fama;
Sin embargo, si no os llegara a entretener
Él se compromete con pagaros vino.
Un amante aturdido,
Un doctor poco astuto,
Un fraile vividor,
Un gorrón[7], predilecto de la malicia,
Serán hoy causa de vuestro regocijo.
Y si esta materia os parece indigna,
Por ser asunto muy liviano,
Para un hombre que parece grave y sabio,
Perdonadlo por esto: que se las ingenia,
Con estas fantasías vanas,
Para hacer su tiempo triste algo más suave,
Porque no encuentra sitio
Hacia donde volver la cara;
Puesto que le han vedado
Que muestre con otras empresas[8] de mayor esmero
Y no encuentra premio para sus desvelos[9]

---

[6] *Mandragora officinaru m*, planta de abultadas raíces ramificadas, frecuentemente antropomorfas, a las que se atribuyen virtudes mágicas y afrodisíacas.

[7] Alguien que vive y se divierte a costa ajena.

[8] Las empresas comprenden la obra de Maquiavelo como funcionario y escritor político.

[9] El autor aparece en escena y recita su amarga tristeza y falta de empleo, confesándole al público que se ha dedicado a es-

EI premio habitual que se desea es que cada cual,
De lado y con burla,
Hable mal de todo lo que ve o siente.
De ese obrar depende, sin duda alguna,
Cómo en el presente siglo
Se pervierte a la virtud de antaño;
Aconteció que la gente,
Viendo tanta crítica y censura,
No se esfuerza y no intenta
Realizar una obra para que luego
El viento la lleve y la nieve la cubra.
Pero, si viese a alguien
Hablando mal o criticando, lo tomaría de los pelos
Para sacudirlo y ponerlo aparte,
Y amonestarlo y contarle
Que el autor también sabe criticar,
Y cómo éste fue su primer arte;
Y cómo, en todos los sitios del mundo
Donde suena el toscano[[10]],
No se aprecia a esa gente
Por más que le hagan reverencias
A aquel que lleva mejor manto.
Mas dejemos que hable mal y critique el que quiera.
Volvamos a nuestra historia,
Pues se nos pasa la hora.
Hagamos cuenta de que no hemos dicho nada,
Ni alabado a algún monstruo
Que ignoro si aún sigue vivo.
Calímaco ya sale
Y trae a Siro, su criado, consigo,
Y nos contará el asunto.
Estad atentos,
que de mí no tendréis otro argumento.

---

cribir comedias teatrales debido a su mala fortuna en la política.

[10] Dialecto, ver *Introducción*.

ACTO PRIMERO

ESCENA PRIMERA

CALÍMACO, SIRO

CALÍMACO: Siro, no te vayas, te necesito un rato.

SIRO: Aquí me tenéis.

CALÍMACO: Supongo que te habrás asombrado por mi repentina partida de París, y ahora también te sorprenderás por el hecho de que esté aquí desde hace un mes sin hacer cosa alguna.

SIRO: Decís verdad.

CALÍMACO: Si hasta ahora no te he contado lo que voy a decirte, no fue porque desconfiase de ti, sino porque juzgaba que las cosas que uno no quiere que se sepan es mejor no decirlas, a menos que uno esté forzado. Por lo tanto, como pienso que ahora me podrás ayudar, quiero decírtelo todo.

SIRO: Soy vuestro criado, y los servidores nunca deben preguntar nada a sus amos, ni investigar hecho alguno, sino que, cuando les sea indicado, deben servir con dedicación y así es como lo hice y cómo siempre haré.

CALÍMACO: Ya lo sé. Creo que me habrás oído decir mil veces, mas no me importa que sean mil y una, cómo al morir mi padre y mi madre, cuando yo tenía diez años, mis tutores me enviaron a París, donde permanecí durante veinte años.
Y como hace diez años, a causa de la llegada del rey Carlos[11], comenzaron las guerras en Italia y arruinaron esta comarca, decidí establecerme en París y nunca regresar a mi patria pues consideraba que ese sitio era más seguro que aquí.[12]

SIRO: Así es.

CALÍMACO: Y habiendo encomendado desde París la venta de todas mis propiedades, aparte de la casa, me afinqué allí, donde pasé otros diez años muy a mi gusto...

SIRO: Lo sé.

CALÍMACO: ... habiendo repartido mi tiempo entre los estudios, placeres y negocios, y de tal modo me dedicaba a cada una de estas cosas que ninguna me impedía realizar las otras. Y por esto, como tú sabes, vivía muy tranquilamente, siendo útil a cada persona y tratando de no ofender a nadie; tanto es así, que me parecía ser bien recibido por los burgueses, los gentileshombres, el forastero, el lugareño, el pobre y el rico.

SIRO: Es verdad.

CALÍMACO: Pero pareciéndole a la fortuna que yo me la pasaba demasiado bien, hizo que llegara a París un tal Camilo Calfucci.

---

[11] Carlos VIII, rey de Francia, invadió Italia en 1494 con la efímera conquista del reino de Nápoles, que marcó el comienzo de medio siglo de servidumbre y ruina de Italia a causa de las potencias extranjeras.

[12] Estos datos indicarían que la acción sucede en 1504, en pleno régimen republicano.

SIRO: Ya comienzo a adivinar el mal que os aqueja.

CALÍMACO: Solía ser mi invitado como los otros florentinos y juntos, charlando, un día sucedió que llegamos a discutir dónde había mujeres más guapas, si en Italia o en Francia. Y dado que yo no podía juzgar a las italianas, pues había partido siendo muy pequeño, otro florentino presente tomó la parte francesa y Camilo
la italiana; y después de dar muchas opiniones cada parte, Camilo, casi encolerizado, dijo que así todas las mujeres italianas fuesen monstruos, él tenía una pariente que rescataba la honra de todas.

SIRO: Ahora entiendo lo que queréis decir.

CALÍMACO: Y nombró a Madonna Lucrecia, mujer de Messer Nicia Calfucci y, cubriéndola de alabanzas, habló tanto de su belleza y de sus costumbres que nos dejó a todos estupefactos; y despertó en mí tanto deseo de verla que, sin cuidarme de otra cosa ni pensar en la guerra o en la paz en Italia, me dirigí hacia aquí.
Al llegar encontré que la fama de Madonna Lucrecia es muy inferior a la realidad, cosa que sucede raramente y el deseo de estar con ella me ha inflamado tan fuerte que no encuentro paz en ningún lado.

SIRO: Si me hubierais hablado de ello en París, os habría aconsejado, pero ahora no sé qué deciros.

CALÍMACO: No te he contado esto porque quiera tus consejos, sino para desahogarme un poco y para que dispongas tu ánimo para ayudarme cuando sea necesario.

SIRO: Para esto estoy listo, pero ¿tenéis alguna esperanza?

CALÍMACO: ¡Ay de mí! Ninguna o pocas.

SIRO: ¿Por qué?

CALÍMACO: Te contaré. En primer lugar tengo en contra su naturaleza, que es honestísima y totalmente ajena a las cosas del amor; tiene un marido muy rico, que se deja gobernar totalmente por ella y, aunque no es joven, tampoco es viejo; no tiene ni parientes ni vecinos con quienes ella coincida para una velada o una fiesta u otra distracción con las que suelen deleitarse las jóvenes. En su casa no entran ni obreros ni artesanos y no hay criada ni criado que no le teman sobremanera, de modo que no hay lugar a que nadie sea sobornado o corrompido.

SIRO: Y entonces, ¿qué pensáis hacer?

CALÍMACO: Nunca hay cosa tan desesperada que no se pueda tener esperanza en una solución posible; y aunque esta esperanza fuese débil y vana, las apetencias y el deseo que tiene el hombre de llevar a cabo la cosa no le dejan verla así.

SIRO: En fin, ¿qué es lo que os da esperanzas?

CALÍMACO: Dos cosas: una, la simpleza e ingenuidad de Messer Nicia que, aun siendo doctor, es el hombre más ingenuo, necio y bobo de Florencia; la otra, son las ansias que él y ella tienen de tener hijos, puesto que después de seis años de matrimonio, no habiéndolos tenido, y siendo muy ricos, les devora el deseo de tenerlos.
Hay una tercera cosa: su madre ha sido mujer alegre y de fáciles costumbres en otros tiempos; pero ahora es rica, por lo cual no sé cómo aprovecharla.

SIRO: Hasta ahora, ¿habéis intentado ya alguna cosa?

CALÍMACO: Sí, pero de poca monta.

SIRO: ¿Cómo fue?

CALÍMACO: Tú conoces a Ligurio, quien frecuentemente viene a comer a mi casa. Éste, que fue ya casamentero, ahora se dedica a gorronear cenas y almuerzos. Y como es una persona agradable, Messer Nicia tiene mucha confianza en él y Ligurio le toma el pelo y, aun si no lo lleva a comer consigo, le presta de vez en cuando dinero. Yo me he hecho amigo suyo y le he contado mi amor; él me ha prometido ayudarme con uñas y dientes.
SIRO: Cuidado que no os engañe, pues estos gorrones no suelen ser leales.
CALÍMACO: Es cierto. De todos modos, cuando se trata de un asunto personal, hay que creer, cuando tú se lo encomiendas, que cumpla de buena fe. Le he prometido, si es que logra ayudarme, regalarle una buena cantidad de dinero; si no tiene éxito ganará un almuerzo y una cena que, de todos modos, no me gusta comer solo.

SIRO: ¿Hasta ahora, qué es lo que ha prometido hacer?

CALÍMACO: Me ha prometido convencer a Messer Nicia de que vaya con su mujer a los baños termales en mayo.

SIRO: ¿Y para vos, de qué os vale?

CALÍMACO: ¿Para mí, de qué me vale? El sitio podría cambiar su naturaleza, pues en esos lugares no se hace otra cosa que divertirse. Yo iría también, llevando conmigo todos mis recursos, sin dejar de lado pompa alguna, podría intimar con ella y con su marido... ¿Qué sé yo? Una cosa trae a la otra, y el tiempo ayuda.

SIRO: Me parece bien.

CALÍMACO: Ligurio me dejó esta mañana diciendo que vería a Messer Nicia acerca de este asunto y que me tendría informado.

SIRO: Allí vienen juntos.

CALÍMACO: Me apartaré, para luego poder hablar con Ligurio cuando deje al doctor. Entretanto, tú vete a casa y sigue con tus asuntos y si necesito algo ya te lo haré saber.

SIRO: Me voy.

ESCENA SEGUNDA

MESSER NICIA, LIGURIO

MESSER NICIA: Creo que tus consejos son buenos y anoche hablé al respecto con mi mujer. Dijo que hoy me contestaría; pero, para ser sincero, yo no iría de buena gana.

LIGURIO: ¿Por qué?

NICIA: Porque en general no me gusta salir de la cueva. Además, tampoco me agrada tener que mudarme con mujer, criados y trastos. Y encima de todo, ayer por la tarde hablé con varios médicos. Uno dice que vaya a San Felipe, otro a La Porretta y otro a La Villa[13]... me parecen unos tontos; y a decir verdad, estos doctores en medicina no saben ni cómo se llaman.

LIGURIO: Lo que os debe fastidiar es aquello que habéis dicho antes, pues vos no sois afecto a perder de vista la Cúpula[14].

---

13 Famosas localidades termales cerca de Florencia.

14 Un símbolo de los florentinos, la magnífica Cúpula o *duomo* de Santa María de la Flor (*del Fiore*), obra de Brunelleschi concluida en 1463, que se distinguía por su altura de 116

NICIA: ¡Te equivocas! En mi juventud fui muy andariego y nunca hubo una feria en Prato en que yo faltase, y no hay castillo en los alrededores donde yo no haya estado y, para que veas, también estuve en Pisa y en Livorno[15]... ¿qué tal?

LIGURIO: Entonces habréis visto la cornúcola de Pisa.

NICIA: Tú quieres decir la Verrúcola[16].

LIGURIO: Ah, sí... la Verrúcola. En Livorno, ¿visteis el mar?

NICIA: iBien sabes que lo vi!

LIGURIO: ¿Cuánto mayor que el Arno[17] es?

NICIA: ¿Que el Arno? Es por lo menos cuatro veces más, o más de seis, o más de siete diría; ¡qué me haces decir! No se ve más que agua y agua y más agua.

LIGURIO: Por lo tanto me extraña mucho que vos que habéis orinado en tantas nieves[18] pongáis dificultades para ir a los baños.

---

metros, que sobresalía entre las casas y era notable para la época. Es lo primero en verse, aún hoy, al acercarse o alejarse de Florencia. Es uno de los perfiles más representativos de la ciudad y era un emblema de su hegemonía (especialmente artística y científica) sobre la región de Toscana y -quizás- el resto de Italia, similar a la de Atenas sobre Grecia.

[15] Ciudades cercanas a Florencia, ridiculizando al personaje.

[16] Cerro de reducidas dimensiones cerca de Pisa. Su nombre proviene del latín *verruca*, verruga. Confusión intencionada inspirada en el *Decamerón* de Bocaccio.

[17] Pequeño y famoso río que atraviesa Florencia.

[18] Implica haber recorrido el mundo. Ver el epitafio de los amigos de Maquiavelo en la *Introducción*.

NICIA: Eres realmente un niño, aún tienes gusto a leche en los labios. ¿A ti te parece cosa baladí desmontar una casa entera? Aun siendo así, tengo tantas ganas de tener hijos que estoy dispuesto a hacer cualquier cosa. Habla tú un poco con los médicos y fíjate adónde me aconsejan que vaya, que yo voy a ver a mi mujer. Ya nos veremos.

LIGURIO: Decís bien.

ESCENA TERCERA

LIGURIO, CALÍMACO

LIGURIO: (*Aparte*) No creo que haya en el mundo hombre más necio que éste y, sin embargo, ¡cómo lo ha favorecido la fortuna! Él es rico y ella mujer guapa, prudente y delicada, capaz de gobernar un reino. Y me parece que pocas veces se realiza aquel proverbio sobre los matrimonios que dice: Dios los cría y ellos se juntan; pues es común que un hombre ejemplar se case con una bestia y al revés, que una mujer prudente tenga de marido a un loco. Pero de la locura de éste algo bueno puede resultar: Calímaco puede tener esperanzas. ¡Hélo aquí! ¿A quién estás acechando, Calímaco?

CALÍMACO: Te he visto con el doctor[[19]], esperaba que lo dejases para saber qué habías hecho.

LIGURIO: Ya conoces el tipo de hombre que es, poco prudente, de poco ánimo[[20]], y se va de Florencia de mala gana.

[19] "Doctor" designa al abogado o doctor en leyes.

Traté de entusiasmarlo y al final me dijo que lo hará. Y creo que cuando queramos llevarlo, podremos hacerlo, pero ahora no sé si realmente sacaremos partido de ello.

CALÍMACO: ¿Por qué?

LIGURIO: ¿Qué sé yo?... Tú sabes que a esos baños va una gran variedad de gente, y podría aparecer un hombre a quien le gustase Madonna Lucrecia tanto como a ti, que fuese más rico y agraciado que tú, que tuviese más ingenio; de modo que corremos el riesgo de esforzarnos para que otros saquen beneficio y además que la competencia ponga la cosa más difícil, o ella, cuando se amanse, se brinde a otro y no a ti.

CALÍMACO: Reconozco que tienes razón. Mas, ¿cómo he de hacer? ¿Qué partido tomar? Debo tratar de hacer algo, sea desmedido, peligroso, perjudicial, infame. Prefiero morir antes que vivir así. Si pudiese dormir por la noche, si pudiese comer, si pudiese conversar, si pudiese encontrar placer en alguna cosa, entonces sería más paciente y dejaría obrar al tiempo; pero aquí no puedo ver solución posible; y si yo no tengo esperanzas por algún recurso, te juro que moriré y, viendo que he de morir, no temo nada y puedo tomar alguna actitud bestial, cruel, abominable.

LIGURIO: No te pongas así, controla un poco esos ímpetus.

CALÍMACO: Bien sabes que necesito de algo para frenar mis impulsos. Por lo tanto es importante: o que sigamos con el asunto de mandarlos a los baños o que tomemos otro camino que me alimente alguna esperanza, si no verdadera, al menos falsa y que así, de alguna manera, llegue a atenuar mis congojas y mitigue tanto afán.

LIGURIO: Tienes razón y estoy dispuesto a arreglarlo.

---

[20] Defectos que Maquiavelo también le atribuye a los príncipes italianos.

CALÍMACO: Te creo por más que sepa que tus iguales se pasan la vida embaucando a la gente. De todas formas, no me parece que yo caiga en el número, pues si tú actuases así yo me daría cuenta y reaccionaría y tú perderías mi hospitalidad y la esperanza de obtener lo que te tengo prometido.

LIGURIO: No dudes de mi lealtad, pues aunque no lograse el beneficio que siento y que espero, creo que nuestras dos naturalezas están hechas de acuerdo una con la otra y anhelo, tanto como tú, que tu deseo se cumpla. Pero dejemos eso. El doctor me ha encomendado que busque un médico y me entere de cuáles son los baños mejores. Quiero que sigas mis indicaciones: dirás que has estudiado medicina y que has tenido experiencia en París; te lo creerá fácilmente en su simpleza e ingenuidad y, como tú eres hombre letrado, podrás engatusarlo diciendo algo en latín.

CALÍMACO: Y esto, ¿de qué nos servirá?

LIGURIO: Nos servirá para mandarlo a los baños que nosotros queramos y para realizar otra estratagema que he pensado, que será más breve, más segura y que traerá mejor resultado que el de los baños.

CALÍMACO: ¿Qué dices?

LIGURIO: Digo que si tienes valor y te fías de mí, te daré la cosa hecha antes de mañana a esta misma hora. Y aunque él fuese hombre, que no lo es, capaz de averiguar si eres o no médico, la brevedad del tiempo, la cosa en sí, hará que no pueda razonar al respecto o no tenga tiempo de malograrnos el plan, por mucho que
se devane los sesos.

CALÍMACO: Me devuelves la vida. Es una gran esperanza y me llena de ilusiones. ¿Cómo harás?

LIGURIO: Ya lo sabrás cuando sea oportuno; por ahora, no es necesario que te lo diga pues lo que faltará es tiempo para obrar, no para hablar. Vete a tu casa y espérame, que iré a visitar al doctor; y cuando lo lleve a tu casa, tendrás que guiarte por mis palabras y seguirme la corriente.

CALÍMACO: Así lo haré, aunque me das una esperanza que mucho me temo se disipe como el humo.

CANCION

Quien no conozca, Amor, tu gran potencia,
Inútilmente espera ser de veras leal,
Del más alto valor del cielo
No sabe cómo se vive y muere
Cómo acontece el daño y el bien se aleja,
Cómo más que amarse a sí mismo
Puede amarse a otro ser,
La esperanza y el temor
Al alma enardecen y congelan
Y turban al corazón;
Ni sabe que tu flecha
Hiere por igual con su veneno
A los hombres y a los dioses.

ACTO SEGUNDO

ESCENA PRIMERA

LIGURIO, MESSER NICIA, SIRO

LIGURIO: Como ya os dije, creo que este hombre nos ha sido enviado por Dios para que vos podáis realizar vuestro deseo. Él ha tenido grandísima experiencia en París y no os asombréis de que no haya hecho profesión de su arte aquí en Florencia pues tiene razón para ello, primero por ser rico y, segundo, porque está a punto de volver a París.

NICIA: Claro, esto es importante, hermano, tiene sus inconvenientes pues no me gustaría nada que me metiese en un lío y que luego me abandonase.

LIGURIO: No temáis por eso, vuestro único temor debe ser que él no acepte; pero, si acepta, permanecerá aquí hasta llevarlo a buen término.

NICIA: Para eso confío en ti; sobre su ciencia ya te diré en cuanto le hable si es hombre docto pues no me convencerá con charlas, ni me hará pasar gato por liebre.

LIGURIO: Justamente porque os conozco bien, os llevo a su casa para que podáis hablarle. Y si después de haberle hablado no os parece un hombre fiable, por su presencia o su sabiduría o su manera de hablar, entonces haremos de cuenta que yo no dije nada.

NICIA: Así sea..., y que el Cielo nos asista. Vamos. Pero, ¿dónde vive?

LIGURIO: Frente a esta plaza, en aquella puerta que veis frente a vuestros ojos.

NICIA: Enhorabuena. Llama.

LIGURIO: Ya está.

SIRO: ¿Quién es?

LIGURIO: ¿Está Calímaco?

SIRO: Sí, está.

NICIA: ¿Cómo..., no le llamas “maestro Calímaco”[[21]]

LIGURIO: Él no presta atención a esas minucias.

NICIA: No digas eso, haz lo que corresponde, que si se lo toma a mal es peor para mí.

ESCENA SEGUNDA

CALÍMACO, MESSER NICIA, LIGURIO

CALÍMACO: ¿Quién me busca?

NICIA: *Bona dies, domine magister*[[22]].
CALÍMACO: *Et vobis bona, domine doctor*.
LIGURIO: (*aparte, a Nicia*) ¿Qué os parece?

NICIA: (*aparte, a Ligurio*) Estupendo, muy bien...

---

21 Manera de designar a los profesionales médicos.
22 En latín en el original.

LIGURIO: Si queréis que permanezca con vosotros, deberéis hablar de manera que os pueda comprender, de lo contrario me voy.

CALÍMACO: ¿Qué andáis buscando?

NICIA: Qué sé yo... ando buscando dos cosas de las que otro huiría; es decir, darme disgustos a mí y dárselos a la gente. No tengo hijos y quisiera tenerlos, y para lograr este fastidio vengo a molestaros.

CALÍMACO: Para mí no es ninguna molestia complaceros, y a todos los hombres virtuosos y de bien como vos; y, además, no me he esforzado tantos años en París aprendiendo, sino para poder servir a gente de vuestra condición.

NICIA: Os doy las gracias y, cuando vos necesitéis de mi arte, os serviré con gusto. Pero ahora volvamos *ad rem nostram*. ¿Habéis pensado cuáles son los baños mejores para que mi mujer quede preñada? Ya sé lo que Ligurio os ha dicho.

CALÍMACO: Es cierto, más para poder satisfacer vuestro deseo, es necesario conocer la razón de la esterilidad de vuestra mujer, puesto que puede haber muchas razones. *Nam causae sterilitatis sunt: aut in semine, aut in matrice, aut in instru mentis seminariis, aut in virga, aut in causa extrinseca*[23].
NICIA: Este hombre es el más sabio que se pueda encontrar.

CALÍMACO: Podría, además de lo que dije, proceder de vos la esterilidad, a causa de impotencia; si éste fuese el caso, no habría remedio posible.

NICIA: ¿Impotente, yo? ¡No me hagáis reir! No creo que haya en Florencia hombre más gallardo y más lozano que yo.

---

[23] En latín: "Porque las causas de la esterilidad están o en el semen o en la matriz, o en los instrumentos seminales o en la verga, o en causa extrínseca".

CALÍMACO: Si de esto no se trata, quedaos tranquilo, que encontraremos algún remedio.

NICIA: ¿Y no habría otro remedio fuera de los baños? Pues a mí me agradaría evitarme esa molestia y mi mujer también saldría de Florencia de mala gana.

LIGURIO: ¡Claro que lo hay! Yo os contaré: Calímaco es demasiado cauto y discreto. ¿No me habíais dicho que sabíais preparar ciertas pociones que sin falta provocan el embarazo?

CALÍMACO: Sí, es cierto. Mas yo soy discreto con los hombres que no conozco, pues no quisiera que me tomasen por un charlatán.

NICIA: No dudéis de mí, pues me habéis deslumbrado tanto con vuestro talento que no hay cosa que vos me indicaseis que yo no haría.

LIGURIO: Supongo que es preciso que veáis la orina.
CALÍMACO: Sin duda, no se puede prescindir de ello.

LIGURIO: (*aparte, a Calímaco*) Llama a Siro, que acompañe al doctor a su casa a buscar una muestra y vuelva; lo esperaremos dentro de casa.

CALÍMACO: Siro, ve con él. Y si os parece, Messer, tornad enseguida aquí y pensaremos en algo oportuno.
NICIA: ¿Que si me parece bien? Vuelvo en un instante pues tengo más fe en vos que los húngaros en el Spano[[24]].

---

[24] Pippo Spano, mercenario (*condottiero*) al servicio de los húngaros, ajusticiado por sospechas de traición.

ESCENA TERCERA

MESSER NICIA, SIRO

NICIA: Tu amo es un hombre de gran valía.

SIRO: Más aún de lo que vos creéis.

NICIA: El rey de Francia le debe apreciar mucho.

SIRO: Mucho.

NICIA: Y por esta razón debe estar muy a gusto en Francia.

SIRO: Ya lo creo.

NICIA: Y hace muy bien. En esta tierra no hay más que gente mezquina y no se aprecia virtud alguna[25]. Si él viviese aquí, nadie le miraría a la cara. Yo puedo hablar de esto pues he cagado hasta los intestinos para aprender cuatro cosas y, si tuviese que vivir de ello, bueno, estaría listo, se lo aseguro...

SIRO: ¿Ganáis cien ducados[26] al año?

NICIA: Ni cien liras -¿qué digo?- ni cien gruesas. Así van las cosas en esta tierra, quien no tiene un patrimonio que le venga de los padres no encontrará perro que le ladre, y no sabemos hacer otra cosa que ir a los funerales o a las reuniones cuando hay un casamiento o pasarnos todo el día sentados en el banco del Procónsul holgazaneando. Pero a mí no me importa, puesto que yo no necesito a nadie, ojalá muchos pudiesen decir lo mismo. Aún así, no quisiera que estas palabras se divulguen y sean consideradas mías, pues me podría caer algún impuesto

---

[25] Referencia a los gobernantes italianos.

[26] Las monedas de la época eran: florines, ducados, liras y gruesas.

en dinero o alguna molestia, de las que hacen sudar, o me den un palo por detrás que me deje medio muerto.

SIRO: No temáis.

NICIA: Ya llegamos a mi casa, espérame aquí, ya vuelvo.

ESCENA CUARTA

SIRO

SIRO: (*solo*) Si todos los doctores fuesen como éste, haríamos locuras; claro está que ese granuja de Ligurio y ese loco de mi amo lo están llevando por un camino donde recibirá vergüenza. Y, en verdad, no me disgustaría siempre que creyera que la cosa quedase callada; pues si se supiera, mi vida y la vida y la hacienda de mi amo corren peligro. Ya se ha transformado en médico, no sé cuál será su plan y en qué dirección vaya el engaño. Aquí viene el doctor llevando un orinal en la mano, ¿a quién no le daría risa, semejante pajarraco?

ESCENA QUINTA

MESSER NICIA, SIRO

NICIA: (*a Lucrecia, fuera de escena*) Siempre he hecho cada cosa a tu antojo pero en este caso quiero que tú la hagas al mío. Si yo hubiera sabido que no iba a tener hijos, hubiera preferido casarme con una campesina. (*A Siro*) Toma esto, Siro. Sígueme. ¡Cuánto esfuerzo he tenido que hacer para que esta tonta de mi mujer accediera! Y además no se puede decir

que le falten ganas de tener hijos, pues piensa en ello más que yo; pero cada vez que quiero que haga algo, es toda una cuestión.

SIRO: Tened paciencia, con palabras gentiles se suele conducir a las mujeres por donde uno quiere.

NICIA: ¿Con buenas palabras? Me tiene cansado. Ve rápido y diles al maestro y a Ligurio que yo estaré aquí.

SIRO: Hélos aquí.

ESCENA SEXTA

LIGURIO, CALÍMACO, MESSER NICIA

LIGURIO: (*aparte, a Calímaco*) El doctor es fácil de persuadir; la dificultad está en la mujer y, para esto, ya surgirá la manera.

CALÍMACO: (*a Nicia*) ¿Tenéis la muestra de orina?
NICIA: La tiene Siro, bajo la capa.

CALÍMACO: Dámela. ¡Oh! Estos orines muestran debilidad y flojedad de riñón.

NICIA: Me parece algo turbia, sin embargo la he hecho hace poco.

CALÍMACO: No os asombréis. *Nam mulieris urinae sunt semper maioris gros s i t i e i et albedinis, et minoris pulchritudinis, quam viro rum. Huius autem, inter caetera, causa est*

amplitudo canalium, mixtio eorum quae ex matrice exeunt cum urin.[27]

NICIA: (*aparte*) ¡Por la vulva de San Puccio[28]! Este hombre me asombra a cada momento, ¡mira lo bien que habla de estas cosas!

CALÍMACO: Me temo que esta mujer esté mal cubierta por la noche[29] y por eso le sale la orina cruda.

NICIA: Sin embargo se tapa con una buena colcha; pero, antes de acostarse, se está cuatro horas arrodillada ensartando padrenuestros y es una verdadera bestia soportando el frío.

CALÍMACO: Bueno, en fin, doctor, de que tengáis fe en mí o no, depende que os recete o no un remedio seguro. Yo, por mí, os daría el remedio. Si vos tenéis fe en mí, lo tomaréis, y si de aquí a un año vuestra mujer no tiene un hijito en brazos, me comprometo a regalaros dos mil ducados.

NICIA: Hablad, que estoy dispuesto a obedeceros en todo y a creeros más que a mi propio confesor.

CALÍMACO: Vos debéis entender bien esto: no existe cosa más segura para que una mujer quede encinta que darle a beber una poción hecha de mandrágora. Ésta es una cosa que yo experimenté muchas veces y, si no fuese por esto, la reina de Francia aún sería estéril y lo mismo una infinidad de otras princesas de ese Estado.

NICIA: ¿Será posible?

---

[27] "La orina de la mujer es siempre más pesada y blanquecina y menos límpida que la del hombre. Esto es debido a la mayor amplitud de los canales y a la presencia en el líquido de materiales que fluyen de la matriz junto a la orina".

[28] Insulto popular corriente en Italia, que une el nombre de un santo con órganos sexuales femeninos; también se utiliza con el nombre de una Virgen y órganos masculinos.

[29] Doble sentido.

CALÍMACO: Así es como os digo. Y la fortuna está de nuestro lado, pues he traído conmigo todas aquellas cosas que se incluyen en la poción y podréis tenerla que ni hecha por encargo saldría mejor.

NICIA: ¿Cuándo la debería tomar?

CALÍMACO: Esta noche luego de cenar, pues la luna está en buena posición y el momento no podría ser más propicio.

NICIA: No parece gran cosa. Organizadlo todo bien, que yo se la haré beber.

CALÍMACO: Pero hay que pensar en otra cosa: el hombre que primero se acueste con ella después de que ella tome la poción, morirá en ocho días y no hay cosa en el mundo que lo salve.

NICIA: ¡Mierda[[30]]! No quiero esa porquería. ¡Tú no me lo endilgarás! ¡Bien me queréis joder vosotros!

CALÍMACO: Calmáos, que hay un remedio.

NICIA: ¿Cuál?

CALÍMACO: Hacer que otro duerma con ella para que absorba en una noche la infección de la mandrágora. Luego vos podréis acostaros sin peligro.

NICIA: No voy a hacer eso...

CALÍMACO: ¿Por qué?

NICIA: Porque no quiero hacer de mi un cornudo y de mi mujer una puta.

---

[30] "cacasangre" en el original, relacionado con la disentería, insulto que desea al interlocutor un mal similar.

CALÍMACO: ¿Qué decís, doctor? No sois sabio como os creía. ¿Conque dudáis en hacer aquello que han hecho el rey de Francia y tantos otros señores de por allá?

NICIA: ¿Y dónde queréis que encuentre a alguien que haga semejante locura? Si se lo digo, él no querrá; si no se lo digo, lo traiciono y tendré que vérmelas con los Ocho[31]; no, no quiero terminar mal.

CALÍMACO: Si eso es lo único que os molesta, dejad que yo me ocupe de ello.
NICIA: ¿Cómo os arreglaréis?

CALÍMACO: Muy simple: os entregaré la poción esta noche después de la cena; vos se la daréis que la beba, y enseguida la meteréis en la cama, siendo la cuarta hora de la noche[32]. Después nos disfrazaremos, vos, Ligurio, Siro y yo, e iremos buscando por el Mercado Nuevo, por el Mercado Viejo, por aquellos lados, y al primer mozo desocupado que encontremos, lo amordazaremos y a golpes lo llevaremos a vuestra casa y a oscuras hasta vuestra alcoba. Una vez allí, lo meteremos en la cama y le diremos lo que debe hacer, sin que haya ninguna dificultad. Después, en la mañana, antes que sea de día, lo echaréis, haréis lavar a vuestra mujer, y podréis estar con ella a vuestras anchas y sin peligro alguno.

NICIA: A mí me parece bien, puesto que dices que reyes y príncipes y señores han utilizado este sistema; pero, por encima de todo, que no se sepa, ¡por amor de los Ocho!

---

[31] Magistratura de los Ocho, tenía funciones de defensa interior, exterior y justicia penal. Con el retorno de los Médicis y la caída de la república se convierte en un órgano menor de justicia administrativa, desapareciendo en 1559.

[32] El día se dividía en partes de seis horas: *prima*, *tertia*, *sexta* y *nona*. La primera hora del día era a las seis de la mañana y la primera de la noche a las seis de la tarde, por lo tanto, “... la cuarta hora de la noche...” era alrededor de las diez.

CALÍMACO: ¿Quién queréis que lo divulgue?

NICIA: Nos queda por resolver un detalle, y muy importante.

CALÍMACO: ¿Cuál?

NICIA: Convencer a mi mujer, y no creo que jamás lo consienta.

CALÍMACO: Decís verdad. Sin embargo a mí no me gustaría ser marido, si luego no puedo convencerla de hacer lo que yo quiero.
LIGURIO: Yo encontré el remedio.

NICIA: ¿Cuál?

LIGURIO: Persuadirla a través del confesor.

CALÍMACO: ¿Quién se arreglará con el confesor?

LIGURIO: Tú, yo, el dinero, nuestra astucia y picardía y la codicia de él.

NICIA: Yo dudo, aunque sólo sea porque si yo se lo indico no querrá ir a hablar con su confesor.

LIGURIO: Y también esto tiene remedio y lo hemos resuelto.

CALÍMACO: ¡Dime!

LIGURIO: Que su madre la conduzca al confesor.

NICIA: A ella le tiene confianza y le hace caso.

LIGURIO: Y yo sé que la madre tiene nuestra misma opinión. ¡Ánimo! Ganemos tiempo que anochece. Tú, Calímaco, vete a pasear y encuéntrate en tu casa a las veintitrés con la poción preparada. EI doctor y yo iremos a lo de la madre para arre-

glarnos con ella, que la conozco. Luego iremos a ver al fraile y te informaremos de lo que hayamos arreglado.

CALÍMACO: (*aparte, a Ligurio*) ¡Oye! No me dejéis solo.

LIGURIO: (*aparte*) ¡Pareces borracho!

CALÍMACO: (*aparte*) ¿Dónde quieres que vaya ahora?

LIGURIO: (*aparte*) Por aquí, por allí, por esta calle o por esa otra; ¡Florencia es tan grande!

CALÍMACO: (*aparte*) Yo me muero.

CANCION
Quien tonto nace y se lo cree todo
Ya sabemos cuán dichoso y feliz se siente.
La ambición no lo acucia,
Ni lo apremia el temor,
Que suelen ser simiente
De fastidio y dolor.
Vuestro amigo, este doctor,
Si le prometen hijos,
No tardaría en creer
Que vuelan los borricos.
Se ha olvidado de todo bien
Pues su deseo lo tiene trastornado.

ACTO TERCERO

ESCENA PRIMERA

SÓSTRATA, MESSER NICIA, LIGURIO

SÓSTRATA: Siempre he escuchado que es propio del hombre prudente elegir de entre las malas soluciones la menos mala. Si para tener hijos no hay más remedio que éste, pues hay que acomodarse a él para que no haya cargo de conciencia.

NICIA: Así es.

LIGURIO: Vos iréis a buscar a vuestra hija y Messer y yo iremos a ver a fray Timoteo, su confesor, y le contaremos el caso para que no tengáis que explicarlo vos. Veréis entonces lo que os dirá.

SÓSTRATA: Así lo haré. Ésta es vuestra calle. Voy a buscar a Lucrecia y la llevaré a hablar con el fraile, cueste lo que cueste.

ESCENA SEGUNDA

MESSER NICIA, LIGURIO

NICIA: Quizá te asombres, Ligurio, por todas las historias para convencer a mi mujer; pero si tú conocieras cada cosa, no te extrañaría.

LIGURIO: Supongo que es porque todas las mujeres son desconfiadas.

NICIA: No es por eso. Ella es la persona más dulce del mundo y la más dócil; fíjate que una vecina le contó que si ella iba cada mañana por cuarenta días a la primera misa en la Iglesia de los Siervos, quedaría encinta; ella hizo este voto y fue, quizás, unas veinte mañanas. Te contaré que uno de esos frailes sotanudos comenzó a rondarla, de modo que ella no quiso volver. Es malo, ¿no?, que quienes deben dar el buen ejemplo tengan semejantes mañas. ¿No es así?

LIGURIO: ¡Qué demonios! Sí decís verdad.

NICIA: Desde entonces, ella tiene la oreja levantada como una liebre; y apenas se le dice algo, pone mil dificultades y trabas.

LIGURIO: No me asombro más; pero, ¿cómo hizo para cumplir con aquel voto?

NICIA: Se hizo dispensar.

LIGURIO: Está bien. Ahora dadme, si tenéis, veinticinco ducados; en estos casos, es menester ganar y amigarse con el fraile pronto y darle esperanzas de mejores recompensas.

NICIA: Tómalos, el gasto no me molesta pues ya sabré economizar por otro lado.

LIGURIO: Estos frailes son muy taimados y astutos y es normal, pues ellos conocen nuestros pecados y los suyos propios; y quien no tiene experiencia con ellos, podría meter la pata y no sabría llevar a cabo su propósito. Por esta razón no quisiera que vos, al hablar, lo arruinases todo, puesto que alguien como vos, que se pasa todo el día estudiando, entiende mucho de libros, mas de las cosas del mundo no sabe nada. (*Aparte*) Éste es tan tonto que tengo miedo de que lo eche todo a perder.

NICIA: Dime pues qué quieres que haga.

LIGURIO: Dejadme hablar a mí, no abráis la boca, a menos que yo os lo indique.

NICIA: ¡De acuerdo! ¿Cómo me lo indicarás?

LIGURIO: Guiñaré un ojo, me morderé el labio... Bueno, ¡no! Hagamos de otra manera. ¿Hace cuánto tiempo que no habláis con el fraile?

NICIA: Más de diez años.

LIGURIO: Está bien; le diré que os habéis quedado sordo y vos no contestaréis y no diréis palabra, a menos que nosotros hablemos en voz muy alta.

NICIA: Así lo haré.

LIGURIO: Además de esto, no os deberéis molestar si digo algo que os parezca fuera de lugar con lo que queremos, pues todo acabará bien.

NICIA: Así sea.

ESCENA TERCERA

FRAY TIMOTEO, UNAMUJER

FRAILE: Si os queréis confesar, estoy a vuestra disposición.

MUJER: Por hoy no, me esperan; me basta con haberme desahogado un poco así, de pie. ¿Vos habéis dicho aquellas misas a Nuestra Señora?

FRAILE: Sí, Madonna.

MUJER: Tomad ahora este florín y diréis por dos meses cada lunes la misa de difuntos por el alma de mi marido. Aunque fuese un hombre lúbrico, ¡la carne siempre llama!, no puedo dejar de sentirlo cuando lo recuerdo. Pero, ¿creéis que estará en el Purgatorio?

FRAILE: Sin duda.

MUJER: Eso no lo sé, no estoy tan segura. Vos sabéis también lo que me hacía cada tanto[33]. ¡Cómo me lamenté con vos de ello! Yo trataba de evitarlo cuando podía; mas, ¡era tan porfiado! ¡Ay Dios Santo!

FRAILE: No temáis, la clemencia de Dios es inmensa, y si al hombre no le faltan las ganas de arrepentirse, nunca le falta tiempo.

MUJER: ¿Creéis que el Turco[34] entrará a Italia este año?

FRAILE: Si no rezáis vuestras oraciones, sí.

---

33 Alusión a prácticas sodomíticas, relativamente frecuentes en la época. Un florentino, luego de la desaparición de Savonarola, afirmaba: "Gracias a Dios, ahora podemos volver a nuestra sodomía". El mismo Maquiavelo, cuando era Secretario, fue acusado anónimamente de cargos de sodomía hombre-mujer ante los Ocho: "... Se les notifica, señores de los Ocho que Nicolás (...) se tiró a Lucrecia, llamada Riccia, por el culo. Mándenla a buscar y descubrirán la verdad...". El cargo fue desechado y la acusación no estropeó la amistad de Nicolás y Lucrecia (en Grazia, *op. cit.* en la *Introducción*,

34 El Imperio Otomano amenazaba a Europa, alcanzando su mayor extensión territorial bajo Solimán en el siglo XVI. Colapsó después de la Primera Guerra Mundial y fue reemplazado por la república de Turquía. Esta alusión ha servido para fechar la obra, 1418, pues después de un largo período de tranquilidad, se temía un nuevo ataque ese año.

MUJER: ¡Ay! ¡Qué Dios nos ayude con estas cosas del demonio! Tengo miedo de que me empalen[35]. Más ahora veo en la iglesia una mujer que tiene unos ovillos míos, voy a hablar con ella. ¡Qué tengáis buen día!

FRAILE: ld con Dios.

ESCENA CUARTA

FRAY TIMOTEO, LIGURIO, MESSER NICIA

FRAY TIMOTEO: (*Aparte*) Las mujeres son los seres más caritativos y los más fastidiosos. El que las echa, huye de los problemas y del provecho; quien las trata obtiene utilidad pero también molestias. ¡Qué cierto es que no hay miel sin moscas! (*A Ligurio y Nicia*) ¿Qué os trae por aquí, hombres de bien? ¿No sois acaso Messer Nicia?

LIGURIO: Hablad alto, pues está tan sordo que no oye casi nada.

FRAILE: ¡Bienvenido, Messer!

LIGURIO: ¡Más fuerte!

FRAILE: ¡Bienvenido!

NICIA: ¡Feliz de veros, padre!

FRAILE: ¿Qué los trae por aquí?

---

[35] Práctica habitual de los turcos contra enemigos y condenados a muerte. Alusión de doble sentido.

NICIA: Muy bien.

LIGURIO: Hablad conmigo, padre, pues si queréis que os oiga, deberéis llenar de gritos la plaza.

FRAILE: ¿En qué puedo serviros?

LIGURIO: Messer Nicia aquí presente y otro hombre de bien, que luego conoceréis, tienen pensado repartir en limosnas varios centenares de ducados.

NICIA: ¡Mierda!

LIGURIO: (*Aparte, a Nicia*) Calláos, por Dios, que no son tantos. (*Al fraile*) No os maravilléis, padre, de lo que diga, pues no oye y a veces le parece oír y contesta cualquier cosa.

FRAILE: Tú sigue y deja que diga lo que quiera.

LIGURIO: De ese dinero de que os estaba hablando, una parte la tengo conmigo y han decidido que vos lo distribuyáis.

FRAILE: Con mucho gusto.
LIGURIO: Pero es necesario, antes de hacer esta limosna, que nos ayudéis en un caso que le aconteció a Messer y sólo vos podéis ayudar, y en él va el honor de su familia.

FRAILE: ¿De qué se trata?

LIGURIO: No sé si conocéis a Camilo Calfucci, sobrino de Messer.

FRAILE: Sí, lo conozco.

LIGURIO: Ese hombre se fue a Francia por asuntos de negocios hace un año y, al no tener mujer pues había muerto la suya, dejó a su hija casadera al amparo de un monasterio, del que no importa saber el nombre.

FRAILE: ¿Y qué pasó?

LIGURIO: Y sucedió que, ya por descuido de las monjas, ya por ligereza de la niña, ahora se encuentra encinta de cuatro meses; de modo que si no se llega a un arreglo con prudencia con el médico y con las monjas, la niña, Camillo y la casa de los Calfucci quedan deshonradas; y al doctor le duele tanto esta vergüenza que ha hecho voto de dar trescientos ducados si el asunto no llega a descubrirse.

NICIA: ¡Qué disparate!

LIGURIO: (*Aparte, a Nicia*) Calláos. (*AI fraile*) Y los pondrá en vuestras manos, sólo vos y la abadesa podéis ayudarnos.

FRAILE: ¿Cómo?

LIGURIO: Debéis persuadir a la abadesa para que le dé a la niña una poción que la haga abortar.

FRAILE: Esto hay que pensarlo.

LIGURIO: ¿Cómo que hay que pensarlo? Pensad en todo el bien que resulta de esto: vos salváis el honor del monasterio, de la niña, de los parientes, le devolvéis una hija a su padre, complacéis a Messer Nicia y a tantos otros parientes, y daréis tantas limosnas como pueden darse con los trescientos ducados; y por otro lado, no ofendéis más que a un trozo de carne nonata, sin sentidos, que de mil maneras puede perecer, y yo creo que es bueno aquello que beneficia a más gente[[36]] y contenta a más.

---

[36] El énfasis cuantitativo en *los más* lo distingue como un bien republicano, o sea, para los muchos y la mayoría, no para uno o para pocos; pero, en este caso, el bien de la mayoría es invocado para satisfacer un bien particular; parece una ironía en contra del mismo Maquiavelo.

FRAILE: Así sea, en nombre de Dios. Haré lo que queréis, y que todo sea por Dios y por la caridad. Decidme cuál es el monasterio, dadme la poción y, si os parece, aquel dinero; así podré comenzar a hacer algún bien.

LIGURIO: Ahora reconozco que sois el religioso que yo creía. Tomad esta parte del dinero. El monasterio es... pero esperad, hay en la iglesia una mujer que me llama, ya vuelvo, no os separéis de Messer Nicia, quiero hablar con ella dos palabras.

ESCENA QUINTA

FRAY TIMOTEO, MESSER NICIA

FRAILE: Esta niña, ¿cuántos años tiene?
NICIA: Yo estoy asombrado.

FRAILE: Digo: ¿cuántos años tiene la niña?

NICIA: ¡Mal rayo le parta!

FRAILE: ¿Por qué?

NICIA: Para que tenga lo que merece.

FRAILE: (*aparte*) Me parece que me metí en problemas. Estoy tratando con un loco y un sordo. Uno escapa, el otro no oye. Mas, si estas monedas no son falsas, saldré mejor parado que ellos. Ya vuelve Ligurio.

ESCENA SEXTA

LIGURIO, FRAY TIMOTEO, MESSER NICIA

LIGURIO: (*Aparte, a Nicia*) Quedáos tranquilo, Messer. (*Al fraile*) ¡Tengo una gran noticia, padre!

FRAILE: ¿Cuál?

LIGURIO: La mujer con quien acabo de hablar me ha dicho que la niña abortó por si sola.

FRAILE: Bueno, entonces esta limosna se me hizo humo.

LIGURIO: ¿Qué decís?

FRAILE: Digo que ahora tenéis más razón que nunca para donar esa limosna.

LIGURIO: La limosna se hará cuando queráis, pero es menester que hagáis otra cosa en beneficio del doctor.

FRAILE: ¿Qué cosa es ésa?

LIGURIO: Un asunto de poca monta, de menos escándalo, más agradable para nosotros y más provechosa para vos.

FRAILE: ¿Qué cosa es? Estoy de acuerdo con vos, y me parece que hemos entrado tanto en confianza que no creo que haya cosa que yo no hiciera para complaceros.

LICURIO: Os lo explicaré en la iglesia, los dos solos, y que el doctor me permita dos palabras y se espere aquí. Esperad aquí, nosotros volveremos enseguida.

NICIA: Como le dijo el sapo a la rastra[37].

FRAILE: Vamos.

ESCENA SEPTIMA

MESSER NICIA, *solo*

NICIA: ¿Es de día o es de noche? ¿Sueño o estoy despierto? ¿Estoy borracho pese a que no haya bebido aún para dejarme envolver en semejantes enredos? Quedamos de acuerdo en que íbamos a decirle una cosa al fraile y Ligurio le dice otra; luego quiere que me haga el sordo y mejor hubiera sido que me llenase los oídos de pez como el Danés[38] para no oír las locuras que dijo y, Dios, ¿por qué las dijo? He perdido veinticinco ducados y de mi asunto aún no se ha hablado, y aquí me han dejado plantado como a un papanatas. Ahí vuelven; ¡que se los lleve el demonio si no han discutido mi asunto!

---

[37] En una carta, Maquiavelo cuenta la historia de un sapo que fue “... alcanzado por una rastra, la cual le rascó la espalda de tal modo (que dijo:) ‘Sea sin regreso’, la cual dio origen al proverbio que dice, cuando se desea que alguien no regrese: ´Como le dijo el sapo a la rastra’...” (E: 16-20 octubre 1525).

[38] Ogier el Danés (Holger Danske) fue un importante personaje de poemas épicos medievales franceses llamados *chansons de geste* del siglo XII y sus historias aparecieron en islandés, castellano, catalán e italiano. La leyenda cuenta que, para no escuchar los gritos de un endemoniado, tapó con peces (o brea) sus orejas y las de su caballo. La expresión española equivalente es “hacerse el sueco”, o sea, el sordo.

ESCENA OCTAVA

FRAY TIMOTEO, LIGURIO, MESSER NICIA

FRAILE: (*aparte, a Ligurio*) Enviadme a las mujeres. Ya sé qué les he de decir y, si mi autoridad vale, lograremos la descendencia esta noche misma.

LIGURIO: Messer Nicia, fray Timoteo está dispuesto a arreglarlo todo. Hay que traer a las mujeres.

NICIA: Mucho me alegras. ¿Será varón?

LIGURIO: Varón.

NICIA: Me saltan las lágrimas de la ternura que me da.

FRAILE: Vosotros quedáos en la iglesia, yo esperaré aquí a las mujeres. Apartáos para que no os vean; apenas se hayan ido os contaré lo que han resuelto.

ESCENA NOVENA

FRAY TIMOTEO, *solo*

FRAILE: Yo no entiendo quién engaña a quién. Ese crápula de Ligurio vino con aquella primera historia para tentarme y para, si yo la aceptaba, inducirme más fácilmente a ésta; si yo no aceptaba aquélla, no me hubiera contado ésta para no descubrir sus planes inútilmente; y la otra, que era falsa, les llevaba sin cuidado. La verdad es que me han engañado; no obstante, de este engaño sacaré bastante provecho. Messer Nicia

y Calímaco son ricos, y a cada uno por distintas razones se le puede sacar mucho dinero; es mejor que el asunto se mantenga secreto, pues les importa tanto a ellos como a mí que no se divulgue. Sea como sea, no me arrepiento.
Además es cierto que no dudo que haya dificultades, pues Madonna Lucrecia es prudente y buena pero yo la engañaré justamente por el lado de la bondad. Y todas las mujeres, al final, tienen poco seso y son cortas de entendimiento; y apenas aparece una que sabe hablar, presume de ello pues en tierra de ciegos el tuerto es rey. Ahí viene con su madre, que es una golfa, y que me ayudará mucho para conseguir mis propósitos.

ESCENA DÉCIMA

SÓSTRATA, LUCRECIA

SÓSTRATA: Quiero que te convenzas, hija mía, que yo valoro tu honra y tu bien más que nada en el mundo, y que no te aconsejaría nada que no fuese bueno para ti. Te he dicho y te lo repito, que si fray Timoteo considera que no tendrás cargo de conciencia, tú debes hacerlo sin pensar.

LUCRECIA: Siempre temí que las ganas que tiene Messer Nicia de tener hijos nos llevarían a cometer alguna imprudencia; y por esto, siempre que él me hablaba de alguna panacea, yo dudaba y sentía sospechas, especialmente después de que pasó lo que conocéis por haber ido a la misa de la Iglesia de los Siervos. Sin embargo, de todas las cosas que me han propuesto, ésta me parece la más extraña: ¡tener que someter mi cuerpo a semejante ignominia y ser causa de que muera el hombre que me ha deshonrado! Y no quisiera creer que, aun siendo la última mujer de la tierra y teniendo que perpetuarse

la raza humana a través mío, debiera elegir este camino o que fuera lícito semejante proceder.

SÓSTRATA: No te sé hablar de tantas cosas, hija mía. Hablarás con el fraile, verás lo que él tiene que decirte, y luego haréis aquello que él, nosotros y quien te quiere mucho, te aconsejemos.

LUCRECIA: Me dan sudores fríos.

ESCENA UNDÉCIMA

FRAY TIMOTEO, LUCRECIA, SÓSTRATA

FRAILE: ¡Sed bienvenidas! Ya sé lo que queréis que os diga, pues Messer Nicia me lo ha contado todo. La verdad es que me he pasado más de dos horas estudiando en los libros este caso y, después de haberlo examinado atentamente, encuentro muchas cosas que en particular y en general nos vienen al dedillo.

LUCRECIA: ¿Habláis en serio o me tomáis el pelo?

FRAILE: ¡Ah! ¡Madonna Lucrecia! ¿Os parece que éstas son cosas para burlarse? ¿Tan poco hace que me conocéis?

LUCRECIA: No, padre; sin embargo, me parece que ésta es la cosa más extraña que jamás se haya oído.

FRAILE: Madonna, os comprendo, pero no quiero que sigáis pensando así. Hay muchas cosas que de lejos parecen terribles, insoportables y extrañas; y cuando te acercas, resultan humanas, soportables y corrientes; y es por esto que se dice

que es peor el remedio que la enfermedad, y así es nuestro caso.

LUCRECIA: ¡Dios lo quiera!

FRAILE: Pero volvamos a lo que estaba diciendo antes. En cuanto a vuestra conciencia, vos debéis tomar como norma general la de que, donde existe un bien cierto y un mal incierto, nunca hay que renunciar al bien por miedo al mal. El bien cierto aquí es que vos quedaréis encinta y que procuraréis un alma para Dios nuestro Señor; el mal incierto es que muera aquél que se acueste con vos después de tomar la poción, pero sucede a veces que no mueren. Sin embargo, dado que la cuestión es dudosa, será mejor que Messer Nicia no corra ese riesgo. En cuanto al acto en sí, que sea pecado es una fábula, pues es la voluntad la que peca y no el cuerpo y, además, la causa del pecado es contrariar al marido, y vos lo complacéis; es causa de placer, y a vos os da disgusto. Y, además el objetivo debe ser visto en todas las cosas: vuestro objetivo es llenar una silla en el paraíso y complacer a vuestro marido. Dice la Biblia que las hijas de Lot, cuando creyeron que se habían quedado solas en el mundo, copularon con su padre y, como la intención
fue buena, no pecaron[39].

LUCRECIA: ¿De qué me queréis persuadir?

SÓSTRATA: Déjate convencer, hija mía. ¿No ves que una mujer sin hijos no tiene casa? Cuando se le muere el marido se queda sola como un perro, abandonada por todos.

FRAILE: Os juro, Madonna, por este pecho consagrado que, en conciencia, el obedecer en este caso a vuestro marido es tan pecaminoso como comer carne el miércoles, que es pecado que se lava con agua bendita.

---

[39] *Génesis* XIX, 30-38. Este parlamento sintetiza la “cosmovisión” de Timoteo.

LUCRECIA: ¿Adónde me queréis llevar, padre?

FRAILE: Quiero llevaros a cosas que os darán motivo para rezar siempre a Dios por mí, y esto os dará más satisfacción dentro de un año que ahora.

SÓSTRATA: Ella hará lo que vos mandáis. Esta noche yo misma la meteré en la cama. ¿De qué tienes miedo tonta? En esta ciudad se encontrarían cincuenta mujeres que levantarían las manos al cielo por eso mismo.

LUCRECIA: Me rindo, pero no creo que llegue viva hasta mañana por la mañana.

FRAILE: No temas, hija mía; rogaré al Señor por ti, rezaré la oración del Ángel Rafael[[40]] para que te acompañe. Idos en paz y prepárate para el misterio que se realizará esta noche.

SÓSTRATA: La paz sea con vos, padre.

LUCRECIA: Que el Señor y la Santa Virgen me ayuden para que todo esto no acabe mal.

ESCENA DECIMOSEGUNDA

FRAY TIMOTEO, LIGURIO, MESSER NICIA

FRAILE: ¡Eh, Ligurio! ¡Podéis salir!

LIGURIO: ¿Cómo fue?

---

[40] Referencia irónica al libro de Tobías, quien fue acompañado en un casto matrimonio por el ángel Rafael.

FRAILE: Muy bien. Se han ido a casa con la intención de hacerlo todo, y no habrá dificultad pues la madre se quedará con ella y la acostará con sus propias manos.

NICIA: ¿Es verdad?

FRAILE: ¡Mira qué cosa! ¿Se os curó la sordera?

LIGURIO: San Clemente[41] ha hecho el milagro.

FRAILE: Si queréis pondremos una imagen para que se levante un poco de alharaca y se sepa que he tenido parte en el milagro.

NICIA: No pasemos a hablar de otras cosas. ¿Pondrá dificultades la mujer para hacer lo que quiero?

FRAILE: No, ya os he dicho que no.

NICIA: Soy el hombre más feliz del mundo.

FRAILE: Ya lo creo. Vais a tener un hijo varón, vais a ver.

LIGURIO: ld, padre, a vuestras oraciones, y si necesitamos algo más vendremos a veros. Vos, Messer, id a casa para aseguraros de que no cambie de opinión, y yo iré a ver al maestro Calímaco para que os envíe la poción; nos veremos a la hora primera para preparar aquello que haremos a la cuarta.

NICIA: Dices bien; hasta entonces.

FRAILE: ld con Dios.

---

[41] San Clemente fue acusado por un patricio romano de haber usado artes mágicas para dejarlo ciego y sordo por un tiempo, abusando de su mujer y convirtiéndola al cristianismo.

CANCION

¡Qué agradable es el engaño
Que lleva a un fin tan anhelado!
Pues todo afán sosiega
Y hace dulce todo gusto amargo.
¡Oh remedio alto y largo!
Muestras recto y seguro
El sendero a las almas errantes
Con tu noble valor
Haces feliz al prójimo
Y enriqueces al Amor.
Y tú, con tus santos consejos vences
Piedras, pócimas y sortilegios.

ACTO CUARTO

ESCENA PRIMERA

CALÍMACO, *solo*

CALÍMACO: Quisiera saber qué han hecho. ¿Podrá ser que no vuelva Ligurio? Ya han pasado una infinidad de horas, ¡es medianoche! ¡Con cuánta angustia en el alma he vivido y vivo! Y es verdad que la fortuna y la naturaleza se mantienen siempre en equilibrio: nunca lograrás una cosa buena sin que surja una mala. Cuanto más ha aumentado mi esperanza, tanto más ha aumentado mi temor. ¡Pobre de mí! ¿Será posible que tenga que vivir con tantas aflicciones y perturbado por estos temores y estas esperanzas? Soy una nave sacudida por dos vientos distintos, que tanto más teme cuanto más se acerca al puerto. La ingenuidad y simpleza de Messer Nicia me dan esperanzas, mientras que la prudencia, cautela, esquivez y dureza de Lucrecia me hacen desesperar. ¡Ay de mí que no encuentro alivio en ningún lado! Por momentos trato de controlarme, reprochándome esta pasión y me digo a mi mismo:
"¿Qué haces? ¿Has enloquecido? Cuando lo logres, ¿qué harás?
Reconocerás tu error y te arrepentirás de las fatigas y los pesares
que te causó. ¿No sabes que poco bien se encuentra en las cosas que el hombre desea, en comparación con lo que esperaba encontrar? Por otro lado, lo peor que te puede acontecer es que mueras y te vayas al infierno donde han ido tantos otros! ¡Y hay en el infierno tantos hombres de bien[42]! ¿Y te avergüenza ser uno más como ellos? Encara tu suerte; aléjate del mal o, no pudiéndolo evitar, sopórtalo como un hombre;

---

[42] Sueño de Maquiavelo. Ver, en este libro, Atilio A. Boron: "Maquiavelo y el infierno de los filósofos".

no te dejes abatir y no te acobardes como una mujer". Y así me envalentono un poco y me levanto el ánimo; pero no dura mucho, pues por todos lados me asalta el deseo de estar con ella, me siento turbado desde la planta de los pies hasta la cabeza; me tiemblan las piernas, se me remueven las vísceras, es como si me arrancaran el corazón, mis brazos cuelgan, mi lengua enmudece, mis ojos se deslumbran violentamente y me da vueltas el cerebro. Si por lo menos encontrase a Ligurio, tendría alguien con quien desahogarme. Pero, hélo aquí que viene a mi encuentro a toda prisa. Estar con él me dará un poco de alegría, me prolongará la vida o me hará morir.

ESCENA SEGUNDA

LIGURIO, CALÍMACO

LIGURIO: (*Aparte*) Nunca deseé tanto encontrar a Calímaco y jamás me costó tanto trabajo encontrarlo. Si le llevase malas nuevas, me habría topado enseguida con él. Estuve en su casa, en la Piazza, en el Mercado, en el banco de los Spini, bajo el pórtico de los Tornaquinci y no lo he encontrado. Estos enamorados tienen hormigas debajo de los pies y no pueden detenerse.

CALÍMACO: (*Aparte*) Veo que Ligurio mira hacia aquí, seguramente me anda buscando. ¿Qué hago que no lo llamo? Sin embargo parece alegre. (*A Ligurio*)
¡Eh, Ligurio, Ligurio!

LIGURIO: Ah, Calímaco, ¿dónde has estado?

CALÍMACO: ¿Qué noticias tienes?

LIGURIO: Buenas noticias.

CALÍMACO: ¿Buenas de veras?

LIGURIO: Óptimas.

CALÍMACO: ¿Es que ha aceptado Lucrecia?

LIGURIO: Sí.

CALÍMACO: El fraile, ¿la convenció?

LIGURIO: Lo hizo.

CALÍMACO: ¡Oh, bendito fraile! Rezaré siempre a Dios por él.

LIGURIO: ¡Mira tú! ¡Como si Dios dispensara el mal como el bien! El fraile querrá algo más que oraciones.

CALÍMACO: ¿Qué querrá?

LIGURIO: Dinero.

CALÍMACO: Se lo daré. ¿Cuánto le has prometido?

LIGURIO: Trescientos ducados.

CALÍMACO: Bien hecho.

LIGURIO: El doctor ya desembolsó veinticinco de su bolsillo.

CALÍMACO: ¿Cómo es eso?

LIGURIO: Quédate contento con saber que pagó.

CALÍMACO: ¿Qué ha hecho la madre de Lucrecia?

LIGURIO: Casi todo. Cuando entendió que su hija podía pasar esta buena noche sin pecado no paró de rogar, ordenar y animar a Lucrecia hasta tal punto que la llevó al fraile y éste obró de manera tal que ella consintió.

CALÍMACO: ¡Oh, Dios mío! ¿Qué méritos he hecho yo para merecer tanto bien? Me muero de alegría.

LIGURIO: (*A los espectadores*) ¿Qué clase de hombre es éste? Por alegría o por dolor, quiere morir de todos modos. (*A Calímaco*) ¿Has preparado la poción?

CALÍMACO: Sí.

LIGURIO: ¿Qué le enviarás?

CALÍMACO: Un vaso de hipocrás[[43]] que, además de arreglar el estómago, alegra el cerebro... ¡Ay de mí, ay de mí, miserable, estoy acabado!

LIGURIO: ¿Qué te pasa? ¿Qué ha sido?

CALÍMACO: Es que ya no hay remedio.

LIGURIO: ¿Qué diablos sucede?

CALÍMACO: Es como si no hubiéramos hecho nada y estoy en un callejón sin salida.

LIGURIO: ¿Por qué? Dímelo de una vez. Quítate las manos del rostro.

CALÍMACO: ¿No sabes que le dije a Messer Nicia que tú, él, Siro y yo atraparíamos a un fulano para acostarlo con su mujer?

---

[43] Bebida hecha con vino, azúcar, canela y otros ingredientes.

LIGURIO: ¿Y eso qué importa?

CALÍMACO: ¿Cómo qué importa? Si yo estoy con vosotros, no podré ser el que atraparán; y si no estoy, él se dará cuenta del engaño.

LIGURIO: Dices verdad; pero, ¿no hay un remedio para eso?

CALÍMACO: No, creo que no.

LIGURIO: Claro que habrá.

CALÍMACO: ¿Cuál?

LIGURIO: Déjame que lo piense.

CALÍMACO: Me parece que no has entendido; ¡estoy fresco si tú quieres pensarlo ahora!

LIGURIO: Ya lo tengo.

CALÍMACO: ¿Qué cosa?

LIGURIO: Haré que el fraile, que nos ha ayudado hasta aquí, haga el resto.

CALÍMACO: ¿De qué modo?

LIGURIO: Nos vamos a disfrazar todos. Haré que el fraile se disfrace también: cambiará la voz, el rostro y las ropas; le diré al doctor que eres tú y él se lo creerá.

CALÍMACO: No me disgusta la idea, pero yo, ¿qué haré?

LIGURIO: Tú te pondrás una esclavina[44] encima, y con un laúd te pasearás junto a su casa cantando una tonadita.

CALÍMACO: ¿Con el rostro descubierto?

LIGURIO: Sí, pues si llevases una máscara entraría a sospechar.

CALÍMACO: Me reconocerá.

LIGURIO: No lo hará, pues quiero que tuerzas y te ensucies el rostro, que estires o encojas tu trompa y que cierres un ojo. Inténtalo.

CALÍMACO: ¿Así?

LIGURIO: No.

CALÍMACO: ¿Así?

LIGURIO: No es suficiente.

CALÍMACO: ¿Y de este modo?

LIGURIO: Sí, sí, y no te olvides de hacerlo. Tengo una nariz postiza en casa y quiero que te la apliques.

CALÍMACO: Bueno, y después ¿qué pasará?

LIGURIO: Apenas aparezcas en la esquina, nosotros, que estaremos preparados aquí mismo, te quitaremos el laúd, te atraparemos, te daremos una vueltas para marearte, te entraremos a la casa y te meteremos en la cama. El resto deberás hacerlo tú.

---

[44] Vestidura de cuero o tela que se pone al cuello y sobre los hombros, también puede ser más larga a manera de capa.

CALÍMACO: Eso está hecho.

LIGURIO: Es cosa tuya, pero que puedas volver depende de ti y no de nosotros.

CALÍMACO: ¿Y cómo haré?

LIGURIO: Esta noche la deberás conquistar y, antes de partir, te deberás dar a conocer, descubriendo el engaño; le hablarás de tu amor y de lo mucho que la quieres, y de cómo puede ser tu amiga sin infamia y tu enemiga con gran infamia. Es imposible que no la convenzas y que se conforme con esa única noche.

CALÍMACO: ¿Eso crees?

LIGURIO: Estoy seguro de ello. Pero no perdamos más tiempo, que ya han dado las dos horas. Llama a Siro, envíale la poción a Messer Nicia y espérame en casa. Yo iré a buscar al fraile, haré que se disfrace y lo traeré aquí, encontraremos al doctor y haremos lo que falta.

CALÍMACO: Dices bien. Anda ya.

ESCENA TERCERA

CALÍMACO, SIRO

CALÍMACO: ¡Siro!

SIRO: ¡Messer!

CALÍMACO: Ven aquí.

SIRO: Aquí estoy.

CALÍMACO: Toma aquella copa de plata que está en el armario de mi cuarto, tápala con un paño, tráemela y cuida de que no se derrame por el camino.

SIRO: Así se hará. (*Entra*).

CALÍMACO: Hace diez años que este hombre está conmigo y siempre me ha servido fielmente y, también en este caso, me será devoto; y aun si no le he contado este engaño, él, que es bastante malicioso, lo debe haber adivinado y ya veo que se está ajustando al asunto.

SIRO: (*sale otra vez*) Aquí lo tenéis.

CALÍMACO: Está bien. Vete a casa de Messer Nicia y dile que ésta es la medicina que debe tomar su mujer inmediatamente después de la cena; y cuanto antes cene, tanto mejor; entretanto, yo estaré preparado junto a la casa como hemos convenido. Ve rápido.

SIRO: Voy.

CALÍMACO: Oye. Si quiere que tú lo esperes, espéralo y vuelve aquí con él. Si no quiere, vuelve después de darle el recado. ¿Entiendes?

SIRO: Sí, Messer.

ESCENA CUARTA

CALÍMACO, *solo*

CALÍMACO: Esperaré que Ligurio vuelva con el fraile. El que diga que esperar es cosa dura, que quien espera desespera, dice verdad. Cada momento que pasa pierdo diez libras de peso mientras pienso dónde estoy ahora, y dónde podría estar de aquí a dos horas, y siempre con ese temor de que surja algún contratiempo
que malogre mi plan. Si eso ocurre, será la última noche de mi vida, porque me tiraré al Arno, o me colgaré, o me tiraré por la ventana, o me clavaré un cuchillo frente al umbral de su casa. Haré cualquier cosa para no seguir viviendo. Pero, ¿veo a Ligurio? Es él y trae consigo a uno que parece jorobado y rengo, seguramente es el fraile disfrazado. ¡Oh, estos frailes! ¡Conoces a uno y los has conocido a todos! ¿Quién es ese otro que se ha acercado a ellos? Me parece que es Siro, que ya le habrá llevado el recado al doctor, ¡es él! Los esperaré aquí para ponerme de acuerdo con ellos.

ESCENA QUINTA

SIRO, LIGURIO, FRAILE TIMOTEO *disfrazado*, CALÍMACO

SIRO: ¿Quién está contigo, Ligurio?

LIGURIO: Un hombre de bien.

SIRO: ¿Es rengo o se hace?

LIGURIO: Tú ocúpate de otra cosa.

SIRO: ¡Tiene una cara de pillo!

LIGURIO: Bueno, tú, cállate, ¿o es que estás borracho? ¿Dónde está Calímaco?

CALÍMACO: Aquí estoy. Sed bienvenidos.

LIGURIO: Calímaco, calma al desquiciado de Siro que ya dijo mil tonterías.

CALÍMACO: Siro, óyeme bien: esta noche harás todo lo que te mande Ligurio, y haz de cuenta de que soy yo cuando él te mande; y todo lo que verás, oirás o sentirás lo deberás mantener en sumo secreto si es que estimas mi vida, mi honor y mi hacienda y además tu bien y tu salud.

SIRO: Así se hará.

CALÍMACO: ¿Le has dado la copa al doctor?

SIRO: Sí, Messer.

CALÍMACO: ¿Qué ha dicho?

SIRO: Que lo iba a preparar todo según convinieron.

FRAILE: ¿Es éste Calímaco?

CALÍMACO: A vuestras órdenes. Las promesas entre nosotros están hechas, vos podéis disponer de mí y de mi fortuna como si fuéramos vuestros.

FRAILE: Así lo he comprendido y lo creo, y me he puesto a hacer por ti lo que jamás haría por otro hombre en el mundo.

CALÍMACO: No lo haréis en balde.

FRAILE: Basta con que tú me aprecies.

LIGURIO: Dejémonos de ceremonias. Siro y yo iremos a disfrazarnos. Tú, Calímaco, ven con nosotros a prepararte para tu papel. El fraile nos esperará aquí; nosotros volveremos enseguida e iremos a buscar a Messer Nicia.
CALÍMACO: Bien dicho, vamos.

FRAILE: Os espero.

ESCENA SEXTA

FRAY TIMOTEO, *solo*, *disfrazado*

FRAILE: Dicen verdad los que afirman que las malas compañías llevan a los hombres a la horca; y muchas veces uno termina mal, tanto por ser demasiado bueno y demasiado amable, como por ser demasiado astuto y malvado. Dios sabe que yo no pensaba injuriar a nadie cuando estaba en mi celda, diciendo mis oraciones y ocupándome de los devotos; llegó ante mi ese diablo de Ligurio, que me hizo meter la mano en la trampa, en donde puse todo el brazo y todo el cuerpo, y aún no sé dónde voy a ir a parar. Sin embargo, me consuela que, cuando una cosa le importa a mucha gente, muchos se ocupan de que salga bien. Pero, ya vuelven Ligurio y el criado.

ESCENA SEPTIMA

FRAY TIMOTEO *disfrazado*, LIGURIO, SIRO

FRAILE: ¡Sed bienvenidos!

LIGURIO: ¿Estamos bien disfrazados?

FRAILE: Muy bien.

LIGURIO: Ahora sólo nos falta el doctor. Acerquémonos a su casa; ya dio la hora tercera, ¡vamos!

SIRO: ¿Quién está abriendo la puerta de su casa? ¿Es el criado?

LIGURIO: No: es él. ¡Ja, ja, ja, ja!

SIRO: ¿Te ríes?

LIGURIO: ¿Quién no se reiría? Lleva puesta una esclavina que apenas le tapa el culo. ¿Qué diablos lleva en la cabeza? Me parece que es una de esas pieles que llevan los canónigos y, además, tiene un espadín por debajo; ¡ja, ja! Y está farfullando no sé qué, ocultémonos y oiremos alguna calamidad de la mujer.

ESCENA OCTAVA

MESSER NICIA *disfrazado*

NICIA: ¡Cuántos reparos ha puesto esta loca de mi mujer! Ha enviado a la criada a casa de su madre y al criado a la casa de campo. Por esto la aprecio, pero lo que no aprecio es que antes de meterse en cama saliera con tantos remilgos. "¡No quiero! ¿Qué voy a hacer? ¿Qué me obligáis a hacer? ¡Pobre de mí! ¡Madre mía!". Y si la madre no la regaña, no se metía en la cama. ¡Ojalá la parta un rayo! Me gustan las mujeres melindrosas, pero no tanto, ¡nos ha vuelto locos esa cabeza de chorlito! Luego, si alguien dijera: "¡Qué cuelguen a la mujer más prudente de Florencia!, ella diría: '¿Qué he hecho?'". Sin embargo todo acabará bien, se cumplirán todos los deseos, y

entonces podré cantarle: "¡Sí que estoy bien disfrazado! ¿Quién me reconocería? Parezco más alto, más joven, más esbelto y no creo que haya mujer que me saque dinero para llevarla a la cama". ¿Pero dónde encuentro a ésos?

ESCENA NOVENA

LIGURIO, MESSER NICIA, FRAILE *disfrazado*, SIRO

LIGURIO: ¡Buenas noches, Messer!

NICIA: ¡Oh, ah, ay!

LIGURIO: No tengáis miedo, somos nosotros.

NICIA: ¡Ah, ya habéis llegado! De no haberos reconocido enseguida, os hubiera atacado con este estoque con toda la fuerza que tengo, como que dos y dos son cuatro! ¿Tú eres Ligurio? ¿Y tú Siro? ¿Y ese otro? ¿El maestro, eh?

LIGURIO: Sí, Messer.

NICIA: A ver, a ver. ¡Oh! se ha disfrazado bien, no lo reconocería ni "Ven-acá"[45].

LIGURIO: Le hice poner dos nueces en la boca para que no lo conozcan por la voz.

NICIA: Eres un animal.

---

[45] Sobrenombre de un carcelero florentino que conocía a todos los malhechores.

LIGURIO: ¿Por qué?

NICIA: ¿Por qué no me lo has dicho antes? Yo también me hubiera puesto un par, pues a mí también me importa que no me reconozcan por la voz.

LIGURIO: No le hace. Tomad, poneos esto en la boca.

NICIA: ¿Qué es?

LIGURIO: Una bola de cera.

NICIA: Dámela, ca, pu, cu, pf, pf, puaf... ¡Que te parta un rayo, pedazo de malandrín!

LIGURIO: Perdonadme, que me he equivocado, la había cambiado sin darme cuenta.

NICIA: Ca, ca, pf, pf, puaf... ¿De qué... qué... era?

LIGURIO: De aloe[[46]].

NICIA: ¡Enhoramala! Pf, pf, pf,... Maestro, ¿no decís nada?

FRAILE: Ligurio me ha hecho perder los estribos.

NICIA: ¡Ah! Qué bien desfiguráis vuestra voz.

LIGURIO: No perdamos más tiempo. Yo quiero ser el capitán y prepararé al ejército para el combate. En el cuerno derecho que se ponga Calímaco, en el izquierdo yo, y entre los dos cuernos irá el doctor; Siro irá en la retaguardia para prestar

[46] Planta de cuyas hojas se extrae un jugo resinoso y muy amargo que se emplea en medicina.

ayuda al bando que flaquee[47]. La contraseña será San Cucú[48].

NICIA: ¿Quién es San Cucú?

LIGURIO: Es el santo más venerado que hay en Francia. Vamos ya, pongámonos al acecho a ver si escuchamos algún canto. Escuchad: oigo un laúd.

NICIA: Es cierto. ¿Qué vamos a hacer?

LIGURIO: Hay que mandar por adelante a un explorador para averiguar quién es y, según lo que nos diga, obraremos en consecuencia.

NICIA: ¿Quién irá?

LIGURIO: Adelante, Siro. Ya sabes lo que has de hacer. Considera, examina, vuelve pronto y cuéntanos.

SIRO: Voy.

NICIA: Yo querría que no nos llevemos un chasco y fuese un viejo débil y enfermizo y hubiese que repetir este mismo juego mañana por la noche.

LIGURIO: No temáis, Siro es hombre de fiar. Ahí vuelve. ¿Qué has encontrado, Siro?

SIRO: ¡Es el mozo más guapo y gallardo que jamás haya visto! No creo que llegue a los veinticinco años y viene hacia aquí con una esclavina corta y tocando el laúd.

---

47 Estrategia muy tradicional del autor *Del arte de la guerra*.

48 Deformación del francés *cocu*, “cornudo”, persona cuyo cónyuge le es infiel.

NICIA: Justo es lo que buscamos, si es cierto lo que dices; pero mira que tú serás el responsable del embrollo si no es así.

SIRO: Es como os he dicho.

LIGURIO: Esperemos que pase por esta esquina y enseguida le caeremos encima.

NICIA: Quitáos, Maestro; me parece que estáis más duro que un hombre de palo. Hélo aquí.

CALÍMACO: (*disfrazado, canta*) “Ojalá llegue el diablo a tu cama. ¡Ya meterme no puedo lograrlo yo!”.

LIGURIO: Quieto, tú. Dame el laúd.

CALÍMACO: ¡Ay de mí! ¿Qué he hecho de malo?

NICIA: Ya lo verás. Cúbrele la cabeza... ¡amordázalo!

LIGURIO: ¡Hazle dar vueltas!

NICIA: ¡Hazle dar otra vuelta! ¡Y otra más! ¡Entradlo en casa!

FRAILE: Messer Nicia, me voy a descansar, porque tengo un dolor de cabeza que me mata. Y si no me necesitáis, tampoco volveré mañana por la mañana.

NICIA: No, maestro, no volváis; nos arreglaremos solos.

ESCENA DECIMA

FRAY TIMOTEO *disfrazado, solo.*

FRAILE: (*a los espectadores*) Ellos ya se metieron en la casa y yo me iré para el convento. Y vosotros, espectadores, no nos regañéis, pues esta noche nadie dormirá, dado que los actos no están interrumpidos por el tiempo[49]. Yo diré el oficio. Ligurio y Siro cenarán pues hoy no han comido, y el doctor se paseará entre su habitación y la sala para que no le roben nada de la cocina. Calímaco y Madonna Lucrecia no dormirán pues sé bien que si yo fuese él, y vosotros ella, tampoco dormiríamos.

CANCION

¡Oh dulcísima noche!
¡Oh santas horas nocturnas y tranquilas,
que a los tiernos amantes ocultáis!
Por las delicias que en vosotras caben
Tornáis las almas felices.
Los premios justos dais
A los siervos del Amor
Solo vosotras, horas felices,
A todo pecho helado
Lo hacéis arder de amor.

[49] Hay aquí un doble sentido pues, por un lado, hace alusión a una de las tres unidades del teatro clásico, el tiempo, debiendo desarrollarse la acción en veinticuatro horas; y, por otro lado, la "acción" continuará durante el entreacto.

ACTO QUINTO

ESCENA PRIMERA

FRAY TIMOTEO, *solo*

FRAILE: No he podido cerrar un ojo en toda la noche, de puro deseo de saber cómo les ha ido a Calímaco y a los otros. Y así he matado mi tiempo con varios menesteres: he rezado maitines[50], leído una vida de los Santos Padres, fui a la iglesia y encendí una lámpara que estaba apagada, le he cambiado el velo a la Virgen que hace milagros... ¡Cuántas veces he dicho a estos frailes que la tengan limpia! Y después se asombran si falta devoción. Recuerdo el tiempo en que había quinientos exvotos[51] y hoy no hay más que veinte... ¡la culpa la tenemos nosotros que no hemos sabido conservarle la reputación! Cada tarde solíamos salir en procesión después de rezar completas, y cada sábado hacíamos cantar letanías. Nos dedicábamos totalmente a esto, para que se viesen exvotos recientes, consolábamos en las confesiones a los hombres y a las mujeres para que hiciesen promesas. Ahora no se hace nada de eso, ¡y después se asombran si las cosas se enfrían! Ah, ¡qué poca cabeza tienen estos frailes míos!
Pero oigo venir un gran alboroto de la casa de Messer Nicia. A fe mía que salen y sacan al prisionero. He llegado justo a tiempo. Bien parece que se han entretenido hasta el final, justo está clareando. Quiero oír lo que dicen, sin ser visto.

---

[50] Rezos antes del amanecer.
[51] Doble sentido.

ESCENA SEGUNDA

MESSER NICIA, CALÍMACO *disfrazado,* LIGURIO, SIRO

NICIA: Tómalo de allí y yo de aquí; y tú, Siro, tómalo por la esclavina, por detrás.

CALÍMACO: ¡No me hagáis daño!

LIGURIO: No tengas miedo, ya puedes irte.

NICIA: No vayamos más lejos.

LIGURIO: Decís bien, dejemos que se largue aquí. Démosle dos vueltas para que no sepa dónde estuvo. ¡Hazlo girar, Siro!

SIRO: Ahí va.

NICIA: ¡Dale otra vuelta!

SIRO: Ya está.

CALÍMACO: ¡Mi laúd... !

LIGURIO: Vete ya, tú, ¡bribón! Si sigues hablando, te cortaré el pescuezo.

NICIA: Ya se ha marchado, salió disparando. Vamos a quitamos los disfraces, quise que saliéramos muy temprano para que no parezca que hemos velado toda la noche.

LIGURIO: Bien dicho.

NICIA: Id, Ligurio y Siro, a ver al maestro Calímaco y le diréis que la cosa salió a pedir de boca.

LIGURIO: ¿Qué podemos decirle nosotros? No sabemos nada. Vos sabéis que apenas entramos a vuestra casa nos fuimos a beber a la bodega. Vos y vuestra suegra os quedásteis con é1, y no os volvimos a ver hasta hace un rato, cuando nos llamasteis para echarlo.

NICIA: Decís verdad. ¡Oh! ¡Os he de contar cosas estupendas... ! Mi mujer estaba en la cama, a oscuras. Sóstrata me esperaba junto al hogar. Y apenas llegué con ese mozo, y para que nada quedase librado al azar, lo metí en una despensa que tengo junto a la sala, donde había una lámpara muy floja que emitía poca luz, de modo que no pudiera verme el rostro.

LIGURIO: Muy bien hecho.

NICIA: Le hice desnudar, él vacilaba; me puse amenazador, de modo que no tardó un santiamén hasta que se quitó toda la ropa y se quedó desnudo. Tiene una cara más fea... Tenía una narizota... y una boca más torcida... Pero nunca se han visto carnes tan hermosas: ¡blancas, suaves, firmes! Y del resto no me preguntéis.

LIGURIO: Es mejor no hablar de eso. ¿Es que era necesario revisarlo todo?

NICIA: ¿Estás bromeando? Ya que me había metido en este baile quería ir hasta el final; además quería saber si estaba sano: si había tenido pústulas, ¿cómo iba a acabar yo después? Para ti es fácil hablar, pero hay que ser prudente.

LIGURIO: Tenéis razón.

NICIA: Como vi que estaba sano, lo saqué y lo llevé, en la oscuridad, hasta la alcoba y lo metí dentro de la cama; antes de irme, quise tocar con la mano para ver cómo iba la cosa, pues no me gusta que me den gato por liebre.

LIGURIO: ¡Con cuánta prudencia habéis manejado la cosa!

NICIA: Después de haberlo tocado y sentido todo, salí de la alcoba y cerré la puerta y fui a sentarme junto al fuego con mi suegra y pasamos toda la noche charlando.

LIGURIO: ¿De qué hablabais?

NICIA: De la simpleza y necedad de Lucrecia, y de cómo hubiera sido mejor que, sin tantos caprichos, hubiese cedido enseguida. Luego hablamos del niño, que ya me parecía tenerlo en brazos, ¡al chillón! Hasta que oí sonar la hora prima; como tenía miedo que llegase el día, fui a la alcoba. ¿Os podéis imaginar que no conseguía sacar a aquel bribón?

LIGURIO: (*Aparte*) ¡Lo creo!

NICIA: ¡Le había tomado el gusto al asunto! Sin embargo se levantó, os llamé, y lo llevamos fuera.

LIGURIO: Todo ha ido bien.

NICIA: Te diré que me da lástima.

LIGURIO: ¿Qué cosa?

NICIA: Ese pobre muchacho, que tenga que morir tan pronto, y que esta noche le haya costado tan cara.

LIGURIO: No perdáis el tiempo con esas cosas. Dejad que é1 se preocupe de ello.

NICIA: Dices verdad. Pero no veo el momento de encontrarme con el maestro Calímaco para darle las gracias.

LIGURIO: Saldrá dentro de una hora. Ya es de día, nosotros vamos a cambiarnos de ropa, ¿vos, qué haréis?

NICIA: Yo iré también a casa a ponerme ropa limpia. Levantaré a mi mujer, haré que se lave y que vaya a misa para que

se purifique. Me gustaría que vos y Calímaco estuvieseis allí y que hablásemos con el fraile para darle las gracias y recompensarle por la ayuda que nos prestó.

LIGURIO: Decís bien; así se hará.

ESCENA TERCERA

FRAY TIMOTEO, *solo*
He oído toda la conversación y me ha deleitado, considerando cuánta tontería e insensatez hay en este doctor, pero más me agradó la conclusión final. Y puesto que van a buscarme a casa, no quiero permanecer aquí, sino esperarlos en la iglesia, donde mi mercancía vale más. Pero, ¿quién sale de aquella casa? Aquél me parece que es Ligurio y con é1 debe estar Calímaco. No quiero que me vean, por lo que dije antes... aún si ellos no me buscasen, yo estaré a tiempo para buscarlos a ellos.

ESCENA CUARTA

CALÍMACO, LIGURIO

CALÍMACO: Como ya te dije, mi querido Ligurio, estuve de mala gana hasta la hora nona; y aunque tenía mucho deseo, no me sentí a gusto. Pero después que me di a conocer y le comuniqué el amor que sentía por ella y cómo podía ser fácil para nosotros, debido a la simpleza e ingenuidad de su marido, vivir felices sin deshonra, le prometí que a la muerte de su marido la iba a tomar por esposa; y que, aparte de las razones verdaderas, ella sintió la diferencia que había entre mi manera de darle gusto al cuerpo y la de Nicia, y entre los besos de un

amante joven y los de un marido viejo. Después de emitir unos suspiros dijo: “Puesto que tu astucia, la estupidez de mi marido, la simpleza de mi madre y la perversidad de mi confesor me han llevado a hacer algo que por mí sola nunca hubiera hecho, juzgo que esto ha sido una disposición celestial que así lo ha querido y no soy quién para rechazar aquello que el cielo quiere que acepte. Por lo tanto te tomo por señor, amo, guía; tú serás mi padre, mi confesor y también quiero que seas mi felicidad; y aquello que mi marido quiso por una noche, lo quiero para siempre.
Te harás su compadre y vendrás esta mañana a la iglesia y de allí irás a almorzar con nosotros; y el ir y el venir dependerán de ti y podremos vernos a toda hora y sin sospecha”.
Al oír tales palabras, casi me muero de felicidad. No pude responder una mínima parte de lo que habría deseado. De modo que me considero el hombre más feliz y más contento que jamás hubo en el mundo; y si esta felicidad no se acaba, ya por muerte, ya por el pasar del tiempo, seré el más dichoso entre los dichosos y el más santo entre los santos.

LIGURIO: Me alegra mucho tu felicidad y, como ves, ha sucedido lo que te había dicho. Y ahora, ¿qué hacemos?

CALÍMACO: Vamos hacia la iglesia, pues le prometí a ella que iba a estar allí cuando llegue con su madre y el doctor.

LIGURIO: Oigo ruido en su puerta: son ellas que salen ahora, con el doctor que viene detrás.

CALÍMACO: Vayamos a la iglesia y allá las esperaremos.

ESCENA QUINTA

MESSER NICIA, LUCRECIA, SÓSTRATA

NICIA: Lucrecia, creo que es mejor hacer las cosas con temor de Dios y no atolondradamente.

LUCRECIA: ¿Qué más hay que hacer ahora?

NICIA: ¡Mira cómo contesta! ¡Parece un gallito!

SÓSTRATA: No os extrañéis, está un poco alterada.

LUCRECIA: ¿Qué es lo que queréis decir?

NICIA: Creo que es mejor que yo vaya delante para hablar con el fraile y le diga que se te acerque en el portal de la iglesia para llevarte a purificar, puesto que precisamente esta mañana es como si tú renacieras.

LUCRECIA: ¿Y qué esperáis para ir?

NICIA: ¡Qué atrevida estás esta mañana! Y tan sólo anoche parecías medio muerta.

LUCRECIA: Os lo debo a vos.

SÓSTRATA: Idos a buscar al fraile. Pero ya no hace falta, pues está fuera de la iglesia.

NICIA: Decís verdad.

ESCENA SEXTA

FRAY TIMOTEO, MESSER NICIA, LUCRECIA, CALÍMACO, LIGURIO, SÓSTRATA

FRAILE: (*Aparte*) Salgo, porque Calímaco y Ligurio me han dicho que el doctor y las dos mujeres vienen a la iglesia.

NICIA: ¡*Bona dies*, padre!

FRAILE: ¡Sed bienvenidos y que tengáis suerte Madonna, y que Dios os conceda un hermoso hijo varón!

LUCRECIA: ¡Dios lo quiera!

FRAILE: De todas maneras así lo querrá.

NICIA: ¿Es a Ligurio y a maestro Calímaco a quienes veo en la iglesia?

FRAILE: Sí, Messer.

NICIA: Decidles que se acerquen.

FRAILE: ¡Venid!

CALÍMACO: El Señor sea con vosotros.

NICIA: Maestro, tocad la mano de mi mujer.

CALÍMACO: Con mucho gusto.

NICIA: Lucrecia, a este hombre hay que agradecerle que tengamos un sostén para nuestra vejez.

LUCRECIA: Le estoy muy agradecida y quiero que sea nuestro compadre.

NICIA: ¡Bendita seas! También deseo que é1 y Ligurio vengan hoy a almorzar con nosotros.

LUCRECIA: Por supuesto.

NICIA: Les quiero dar la llave de la sala de entrada para que puedan entrar cuando les plazca, pues no tienen mujeres en casa y viven como animales.

CALÍMACO: La acepto para utilizarla de vez en cuando.

FRAILE: ¿Tendré el dinero para las limosnas?

NICIA: Ya sabéis, *domine*, que os lo mandaré hoy mismo.

LIGURIO: ¿Y de Siro nadie se acuerda?

NICIA: Perded cuidado, hombre, todo lo que es mío es suyo. Tú, Lucrecia, ¿cuántos gruesos le debes dar al fraile para purificarte?

LUCRECIA: No lo recuerdo.

NICIA: Precisamente, ¿cuánto?

LUCRECIA: Dadle diez.

NICIA: ¡Caramba!
FRAILE: Y vos, Madonna Sóstrata, según me parece ver habéis rejuvenecido.

SÓSTRATA: ¿Quién no estaría alegre?

FRAILE: Entremos todos a la iglesia y vamos a misa y allí diremos la oración prevista. Luego, después del oficio iréis a

almorzar a vuestra casa. (*A los espectadores*) Vosotros, espectadores, no esperéis a que volvamos a salir: el oficio es largo, yo me quedaré en la iglesia y ellos saldrán por la puerta lateral y se marcharán a casa.

¡Adiós!

F I N